

CRISTO SE OFRECIÓ A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús "por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: "El Padre me ama porque doy mi vida" (Jn 10, 17).

Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores, vio y señaló a Jesús como el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" (Jn 1, 29; Cf. Jn 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero y carga con el pecado de las multitudes y el cordero pascual símbolo de la Redención de Israel cuando celebró la primera Pascua.

Tanto en el sufrimiento como en la muerte, la humanidad de Jesús se hizo el instrumento libre y perfecto del amor divino que quiere la salvación de los hombres. En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte (Cf. Jn 18, 4-6; Mt 26, 53).

La muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres por medio del "cordero que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29; Cf. 1 P 1, 19) y el sacrificio de la Nueva Alianza (Cf. 1 Co 11, 25) que devuelve al hombre a la comunión con Dios (Cf. Ex 24, 8) reconciliándole con Él por "la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).

Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios. Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con él. Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor, ofrece su vida a su Padre por medio del Espíritu Santo, para reparar nuestra desobediencia.

Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en expiación", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará". Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (Cf. Cc de Trento: DS 1529).

"Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación" enseña el Concilio de Trento (DS 1529) subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como "causa de salvación eterna" (Hb 5, 9). Y la Iglesia venera la Cruz cantando: "Salve, oh cruz, única esperanza" (himno "Vexilla Regis").

La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre", él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual". Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" porque él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas". Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (Cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24).

Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo (Sta. Rosa de Lima)

Venimos de una tradición que ha espiritualizado la cruz, hasta convertirla en una realidad que tendría valor por sí misma -en abstracto-, al margen de lo que fue la existencia histórica de Jesús. En esa línea se han leído, por ejemplo, expresiones del tipo: “la cruz salvadora”. Obviamente, se trata de lecturas mágico-míticas que -esto es lo más grave- dejaban en la sombra el hecho primero: Jesús muere como muere porque vive como vive. Lo cual significa que es imposible entender la cruz si se aísla de lo que fue su modo de vivir.

La cruz no ocurrió porque el Padre tuviera necesidad de ser aplacado (...); ni porque fuera condición para que Dios nos devolviera su amistad (como todavía se sigue rezando en la Plegaria Eucarística III, que mantiene la imagen de un dios enemistado, que solo se aplaca por la “inmolación” de su propio Hijo como víctima); la cruz, finalmente, tampoco ocurrió porque “estaba escrito”, según la fórmula que fue aplicada posteriormente, una vez visto el desenlace.

De tales lecturas surgirían actitudes peligrosas como la resignación fatalista, la sumisión y el ahogo de cualquier protesta ante lo injusto, el dolorismo que valora el sufrimiento por el sufrimiento, el victimismo, el rechazo de lo placentero...

Frente a esa interpretación esencialista y abstracta, es necesario recuperar la historia. Pues bien, lo que ocurrió es que Jesús fue condenado a muerte y murió en una cruz, castigo de esclavos y subversivos, porque “estorbaba” a la autoridad. Es innegable, históricamente, que Jesús entró en conflicto con los líderes religiosos y que fue condenado en nombre de Dios.

Desde el punto de vista político, Jesús murió crucificado como subversivo. La causa de la condena está redactada en términos políticos: se ha hecho pasar por rey de los judíos (lo más probable parece ser lo relatado por el evangelio de Lucas 23,9 y el de Juan 19,12-15). De modo que Pilato se decide a condenarlo, más que por las acusaciones concretas, por la alternativa que le plantean: “Si pones en libertad a este hombre, no eres amigo del Cesar” (Jn 19,12)

En cualquier caso, lo que queda claro es que la muerte de Jesús no fue un error. Fue consecuencia de su vida. En su sentido más obvio, la muerte de Jesús fue un delito, un atropello por parte de la autoridad. Antes que nada, asesinado, ejecutado por la autoridad establecida, Jesús fue víctima de un sistema de poder y de alianzas. Su mensaje sobre Dios, su libertad frente a la ley, al templo y a la propia religión, resultaron inadmisibles. Sí, antes que nada, Jesús fue una víctima.

La cruz de Jesús no hay que entenderla, pues, como la “causa” o motivo que explica su vida -como nos hizo creer el anterior esquema de la historia de la salvación, según el cual, habría muerto para librarnos del pecado-, sino como la consecuencia de un estilo de vida como el suyo.

Lo que ocurrió más tarde es que la cruz de Jesús, separada de lo que había sido su vida, dio lugar a una espiritualidad abstracta, no carente de valores, pero susceptible de ser peligrosamente deformada, como de hecho ocurrió. Si el acento se hubiera puesto y mantenido en lo que fue su vida, eso hubiera dado lugar a una praxis, una teología y una espiritualidad mucho más en la línea que nos muestra el evangelio; más centrada en la vida -y en su potenciación- que en la muerte; más anclada en la necesidad y el sufrimiento de las personas para aliviarlas, y menos en la obsesión por el pecado y la “perfección”; más fundada en la experiencia de la gratuidad divina que en el miedo ante un dios justiciero y sus amenazas.

En una palabra, la clave de lectura de la cruz no es el sacrificio, sino el amor. Lo que la cruz nos dice no es: “busca el sufrimiento”, sino “entrégate a los demás, ama”.

Lo que salva -como lo que crea, lo que construye, lo que hace vivir- no es el sufrimiento, sino el amor. Esto es lo que debemos buscar, no la cruz; ésta vendrá sola si nos comprometemos a amar.